

Sociólogos clásicos

.....
En este capítulo veremos

- Las ideas de Marx sobre el papel del conflicto en el cambio social
 - El estudio de la acción social y del poder en Max Weber
 - La propuesta de Emilio Durkheim de estudiar la sociedad como un organismo
-

A la sociología, como su nombre lo indica, le interesa estudiar la sociedad. El desarrollo científico de esta disciplina es breve, pero su pasado es larguísimo. Desde el comienzo de los tiempos, la inquieta mente humana no sólo se interesó por comprender el mundo natural que la rodeaba, sino que también se preguntó por el ser humano y su relación con los demás, así como en la conformación de estos grandes grupos que luego llamaríamos sociedades (Bottomore y Nisbet, 2001).

El devenir histórico de la sociología no estuvo exento de explicaciones especulativas que, más que describir la realidad social, buscan establecer cómo debían comportarse los individuos. Así, Augusto Comte, padre de la sociología científica, estaba profundamente inspirado en encontrar una disciplina que pudiera dar una solución al caos reinante que había provocado la revolución francesa en su sociedad. Herbert Spencer, en Inglaterra, se interesaba por crear una teoría social que, adoptando el modelo evolutivo darwinista, explicara por qué algunas sociedades son involucionadas y otras no, justificando de este modo el imperialismo británico y el sometimiento de unas naciones débiles por parte de otras fuertes.

Pero más allá de la utilidad política que inspiraba, consciente o inconscientemente a los autores, lo que todos los clásicos de la sociología querían descubrir

y comprender eran las causas que mantenían unidas a las sociedades, como así también, las que generaban cambios sociales y las que las desintegraban. En este capítulo nos centraremos en tres autores que acuñaron las bases de la sociología moderna: Marx, Weber y Durkheim. Cada uno de ellos intentó dar una respuesta al interrogante sobre la sociedad, aportando métodos de análisis, concepciones sobre el mundo social y herramientas para producir cambios. Por ejemplo, para sociólogos como Karl Marx, la sociedad se compone de dos clases sociales en conflicto (burguesía y proletariado), pero que se mantiene unida por medio de una ideología que legitima la explotación de un grupo sobre otro. Pero esto no dura por siempre, sino que cuando la opresión llega a su límite se producen revoluciones que hacen cambiar la sociedad. Para otros autores como Emilio Durkheim o Max Weber, la sociedad no vive en conflicto ni hay tensión de clases irremediables, sino que la sociedad se conforma por personas que comparten ideas y valores similares, y dependen unas de otras. Esta interdependencia que hace que, el comerciante necesite del médico, éste de un contador, el contador de un plomero, etc. De este modo, se crea una interdependencia social que mantiene unidas a las personas bajo una misma sociedad. También se dan cambios, pero no son revolucionarios, sino paulatinos.

Como vemos, estos autores explican las razones que permiten mantener una sociedad unida, como así también su cambio, pero por vía diferentes. Para Marx la sociedad es un estado de tensión, mientras que para Durkheim es de cooperación. Aquí es donde cobra relevancia lo que vimos en los capítulos anteriores, al señalar la necesidad de que el investigador social evite comprometerse con su objeto de estudio, y no quiera interferir en él. Durkheim elaboró su método científico para estudiar a la sociedad como si fuera un organismo vivo, como un biólogo que estudia una célula, mientras que Marx, consideraba que había que estudiar a la sociedad para denunciar sus injusticias y promover el cambio social hacia una sociedad más equitativa. Es por esto que, al primero se lo acusó de conservador desde las corrientes marxistas de pensamiento, en tanto que a los marxistas se los acusa de no ser científicos sino políticos encubiertos. Sin embargo, si leemos a ambos autores, sin convertirlos en dioses y hacer de sus textos una biblia, veremos que tienen un pensamiento muy lúcido para explicar la sociedad.

Pero además de estudiar a las sociedades desde una perspectiva macroscópica, los padres de la sociología también se interesaron por comprender la conducta humana particular de las personas que las conforman. A diferencia de los psicólogos que estudian la motivación del comportamiento en función de procesos mentales, los sociólogos ponen mucho peso en la influencia de la estructura social y de las normas sociales sobre las personas.

La presión de las normas sociales es invisible, pero es tal, que desde la sociología se afirma que el ámbito de libertad de los seres humanos es bastante limitado. No nos comportamos como queremos, sino que aprendimos a querer la forma que en aprendimos a comportarnos. Es decir, no es que nos guste andar vestidos por la vida, sino que aprendimos a que eso es lo normal, y salir desnudos nos produce un profundo malestar. Del mismo modo con los sentimientos. No sentimos en función de las emociones solamente, sino que aprendemos a sentir de una determinada manera con relación a determinados temas. Es por este motivo que, en Esparta, por ejemplo, el amor normal era el que surgía entre dos hombres, mientras que durante el período victoriano eso fue una aberración, y en la actualidad vuelve a resurgir esta práctica. Hemos señalado en ambos ejemplos el carácter de “normal” de las conductas descritas, para señalar que lo normal se vincula con aquello que respeta las normas sociales, en tanto que aquello que se aparta es lo anormal. En sociología esta palabra designa lo que se desvía de un patrón de normas establecidas, y es muy útil porque las anomalías permiten detectar las regularidades. En general, cuando las sociedades señalan al distinto, indirectamente le permiten ver al sociólogo cuáles son los valores que esa sociedad respeta como propios.

La sociología afirma que no hay cosas buenas y malas, sino normas sociales y valores que dicen que algo es bueno o malo según tiempos y lugares determinados, y que la gente incorpora como juicio moral para felicitar o señalar al otro. Pero todo ello cambia con el tiempo, porque la constante en las sociedades es el cambio. Lo que hoy es sancionado mañana será conducta regular, y lo que hoy es adaptado al sistema, mañana será algo reprochable.

Karl Marx (1818-1883)

Marx nació en Alemania en 1818, pero pasó la mayor parte de su vida en Londres, la capital del entonces Imperio británico. Tal como lo describe Jaques Attali en su biografía, lo que lo impactó para toda su vida fue ver allí como el comercio global se centralizaba en los talleres, fábricas y minas de carbón de Londres. Hacia 1850 advirtió que la industria y el comercio estaban centralizándose allí, siendo más prósperos que nunca, y si bien eso es bueno para una nación, el precio que se pagaba por eso eran hombres, mujeres y niños trabajando en jornadas agotadoras de trabajo. Era una situación de semi esclavitud, aunque sin cadenas ni látigos. Estaban atados a su trabajo por un mísero sueldo que les permitía alimentarse,

dormir y volver al otro día a seguir trabajando para su patrón. La vida en los barrios humildes era un infierno, había un sanitario por cada 125 habitantes, y menos de un niño de cada dos sobrevivía más de 5 años (Attali, 2007).

Mientras veía salir a los obreros desgastados de las fábricas y vivir en casas miserables, Marx podía apreciar una clase aristocrática, dueña de los medios de producción que concentraba cada vez más y más riqueza, y que se paseaban entre los pobres como los reyes entre los súbditos.

La pregunta que se hace Marx es: ¿cómo puede ser que esto suceda sin que nadie se rebelde, sin que los intenten matar, o asaltar al menos? Y la respuesta es que las sociedades desarrollan sistemas de creencias que las personas incorporan invisiblemente desde la infancia y crean la normalidad. En el caso del capitalismo, se aprende a respetar los privilegios de unos grupos sociales sobre otros. Entonces surge una nueva inquietud: ¿quién inventa estas ficciones sociales? La explicación siempre hay que buscarla en el sistema económico imperante, no en una persona. Por ejemplo, en el pasado remoto de la humanidad, había igualdad entre los seres humanos porque el sistema económico era la cacería y recolección de alimentos. Todos participaban en cierta igualdad en esta actividad y, por lo tanto, no surgían instituciones que crearan diferencias sociales ni necesidad de inventar ficciones que legitimaran el poder de unos sobre otros. En cambio, los egipcios del período faraónico, por ejemplo, desarrollaron la agricultura y, con ella, la necesidad de contar con mano de obra esclava. Eso los llevó a conquistar a los pueblos vecinos y someterlos al faraón. Con los años, los esclavos que nacían allí aceptaban su lugar en este mundo y creían que el faraón era descendiente del dios Ra y ellos sus leales súbditos. Esta era la verdadera cadena mental que les impedía que se revelaran. Algo similar ocurre hoy en día con quienes respetan al dios “éxito” y sacrifican su salud, familia y dignidad es por los logros de la compañía en la que trabajan.

Como vemos, la realidad social que cada uno percibe no es natural, sino que está armada socialmente bajo un manto de creencias y valores que las personas comparten sin discutir, porque son el sentido común de la época. Pero su origen no es la mente de ningún cerebro maquiavélico, sino que surgen del sistema económico que la sociedad desarrolló para adaptarse al medio. Sistemas económicos rudimentarios, como la caza y la pesca, desarrollan ficciones relativamente igualitarias, sistemas económicos como el esclavista o el capitalismo, desarrollan ficciones que legitiman la desigualdad.

En palabras de Marx, las actividades económicas que realiza una sociedad (cosechar, comerciar, etc.) son lo que denomina “infraestructura”. A partir de estas

actividades, van surgiendo normas, valores, mitos, religiones, etc., que legitiman la vida cotidiana de las personas. Incluso el derecho, la política y la moral pertenecen a este compendio de ideas que conforman la “superestructura” de la sociedad. A partir de esta descripción de la vida social es que Marx afirma en su obra *La ideología alemana* que “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx y Engels, 1974a). Es decir que la conciencia de las personas no está determinada por su forma de pensar, sino que la forma de vivir y trabajar determina su forma de pensar. Por eso decíamos que, si yo soy esclavo, me siento un esclavo, y pensar en revelarme es casi imposible salvo que alguien me vaya demostrando que la realidad podría ser distinta, que no es natural que haya amos y esclavos, y que así, logre que todos los esclavos tomen conciencia de clase y se revelen. Esta es la tarea del intelectual, dice Marx, ayudar a que los oprimidos tomen conciencia de su situación y se resistan. Pero no basta con la crítica al modelo, lo que debe hacerse es cambiarlo, pues la vida social cambia cuando se modificación los sistemas de producción, y eso, se logra por medio de cambios revolucionarios. En efecto, en su libro *Contribución a la crítica de la economía política* Marx nos señala que “Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción” (Marx y Engels, 1974b).

En definitiva, lo que el autor está diciendo es que todas las ideas dominantes en cada período de la historia surgen de la forma de producir. Hoy somos trabajadores y consumidores, porque el sistema capitalista nos ha criado para ello, y los cambios que se produzcan, no serán como consecuencia de un cambio en las ideas dominantes, sino por cambios en los modos de producción, que impactarán en nuestra forma de ser.

Ideología y sistemas de explotación

Considerar que la moral o la religión es producto del tipo de economía que desarrolla una sociedad es un pensamiento contraintuitivo, por lo general creemos que las grandes ideas se le ocurren a los grandes pensadores. Pero la corriente que sigue Marx es el “materialismo histórico”, para la cual, las cosas de este mundo —y del más allá— no se explica en función de las ideas o valores que imponen formas de trabajar o de vivir, sino que las formas en que se trabaja y vive, crean e imponen normas y valores. Claro que siempre habrá una o varias personas que construyan la ficción, pero está siempre será tomada de la vida cotidiana. Antes de que surgiera el derecho de propiedad o las ideas acerca de esta, la gente ya dividía sus parcelas de las de los demás, y luego, surgió la idea de establecer leyes que protegieran lo ya existente. La sociedad luego olvida cuando fueron creadas las normas morales, jurídicas o religiosas, y las respetan. Solo así se puede comprender que millones de personas bajo la línea de indigencia se mantengan tranquilas mientras que ven que diez familias acumulan las riquezas de manera desproporcionada. El mandato moral de “no robar”, “no matar”, como así también la creencia jurídica del “respeto a la propiedad privada”, son herramientas de dominación muy potentes que están grabadas a fuego en la consciencia de las personas. Obviamente, cualquiera podría pensar que sin leyes que tutelen la propiedad privada el mundo sería un caos. Pero el problema no es la naturaleza humana, sino haber desarrollado un sistema de propiedad privada que priva a miles de millones lo que permite a unos pocos. Cuando la inequidad es tal, es necesario construir ideas como éstas y que estén grabadas en las conciencias, pues de otro modo, nadie lo aceptaría.

Para Marx, todas las ideas que legitiman los sistemas de explotación construyen la “ideología” que impide ver la realidad, y por eso, define a la ideología como una *falsa conciencia de la realidad*, una suerte de ceguera mental que impide ver la explotación, como así también imaginar o aceptar que las cosas podrían ser de otro modo. Vemos el mundo a partir de las ideas dominantes de un tiempo y lugar determinado. Pero como decía Marx, “las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante”.

Los sistemas de producción a la largo de la historia

Marx sigue las ideas de Hegel en cuanto a cómo se desarrolla la historia del mundo, y adopta su sistema dialéctico. Según la dialéctica, todo desarrollo se puede

explicar en función de dos fuerzas antagónicas que chocan y dan un resultando que conjuga a ambas. Si llevamos esta idea al campo de lo social, un ejemplo podría ser la Revolución francesa. Antes de 1789 había una monarquía que gobernaba (fuerza 1 o tesis 1), y la opresión que ejercían sobre el pueblo hizo que este se revelara (fuerza 2 o tesis 2). Del choque de fuerzas surgió la república francesa (resultado o síntesis). La síntesis de la colisión de fuerzas es una mezcla de ambas, pues hoy Francia no tiene reyes, pero sigue teniendo una clase alta que rige los destinos de la nación y, si bien tampoco tiene un pueblo hambriento, tiene una gran clase trabajadora con buenos servicios sociales. De manera que lo que podemos concluir de aquí es que en todo cambio social lo que siempre encontraremos es un conflicto que hace avanzar al mundo por medio de la lucha de opuestos que dan por resultado una combinación de ambos, distinta, pero también, en algo parecida a la anterior. Por eso Marx afirma que “el conflicto es el motor de la historia”, pues gracias a él las sociedades evolucionan.

Pero además de esta postura dialéctica, Marx también considera que las sociedades han ido cambiando desde los tiempos primitivos hasta el presente. En el pasado remoto de la humanidad, la vida era comunitaria y ha ido evolucionando hasta el capitalismo presente. Pero los cambios nunca han estado motivados por nuevas formas de pensar la sociedad de parte de sus dirigentes o “ideas” inspiradoras que cambiaran el mundo. Para Marx eso es un absurdo, una mentira que nos han contado. Marx asume una perspectiva “materialista” para explicar el cambio social. Esta perspectiva señala que el cambio social siempre será producto de cambios en la forma de producción, particularmente en la tecnología de producción. Las crisis económicas y las luchas sociales siempre estarán presente, pero el cambio real sólo se produce cuando la tecnología permite el pasaje de un modelo productivo a otro. Por ello, la tecnología es la que suele tener un gran impacto en el cambio del mundo, y no tanto la buena voluntad de sus hombres. Así encontramos en la historia distintos sistemas de producción que condicionaron las relaciones de las personas entre sí (comunitario, esclavista, feudal y capitalista). Veamos a continuación algunos ejemplos de ellos.

En el principio, los hombres y mujeres convivían en comunidades, donde todos trabajan a la par, ambos géneros trabajaban a diario buscando alimentos y cuidando de los hijos. Eran grupos nómades, por lo que no había nadie que fuera dueño de la tierra. En un mundo social con estas características, existían normas, creencias y valores, pero estos eran comunitarios, y lo inmoral era no colaborar en la cacería colectiva, comer más que otro, etc. La especie humana vivió miles de años bajo este tipo de sociedades que Marx llama el “comunismo primitivo”, pues realmente, todo era de todos. No había explotación de un grupo sobre otro. Pero lo que cambió

todo fue que, hace 5000 años, la inteligencia humana desarrolló una nueva forma de producir sus alimentos para sobrevivir: la agricultura.

Con esta nueva tecnología, los grupos humanos dejaron de ser nómades y se asentaron en un territorio. Comenzaron a sembrar y cosechar, con lo cual ya no pasaban el día en búsqueda de alimentos. Además, la tecnología del arado tirado por bueyes potenció la capacidad productiva, lo que permitió tener excedentes como nunca antes. Pero con la riqueza muchas veces también se despierta la codicia, y eso motivó a algunos grupos humanos invadir territorios vecinos, y esclavizar a sus hombres, mujeres y niños, y ponerlos a trabajar para su beneficio.

De este modo, las sociedades van dejando el comunismo primitivo, y se van convirtiendo en sociedades esclavistas, y comienzan a surgir dos clases, la de los amos y la de los esclavos. Es el “sistema esclavista”.

Este sistema esclavista lo podemos encontrar en el antiguo Egipto, cuyos esclavos cosechaban los nutritivos campos que regaba cada año el Nilo y construían de sol a sol pirámides para sus faraones. Dijimos que la forma de vida determina los pensamientos y las ideas de su tiempo y, por lo tanto, la ideología de la época justificaba el lugar social de cada uno. El emperador y su familia eran descendientes de los dioses, y los esclavos eran súbditos leales a su faraón, pues tras varias generaciones olvidaban que sus antepasados habían sido esclavizados, y se entregaban a la explotación. La sociedad ya no era igualitaria, existían los propietarios de los medios de producción y los que sólo podían ofrecer su fuerza de trabajo.

Este sistema esclavista duró miles de años y fue mutando. Los griegos y romanos lo adoptaron, perfeccionándolo hasta sus límites, hasta que dejó de ser funcional. Cuando el modelo de producción dejó de ser eficiente, el resultado fue la lenta caída de estos imperios, y el surgimiento de un nuevo modelo de explotación.

En la Europa medieval posterior al Imperio romano, ya no había amos ni esclavos, sino señores feudales y siervos. No era una relación de esclavitud, pero los trabajadores se mantenían atados a la tierra de su señor explotándola para éste, o tributando, cuando se les permitía explotarla para ellos mismos. Se relajaba el concepto de la propiedad de los medios de producción, pero al solo efecto de hacer más eficiente la explotación. El campesino trabajaba una tierra que, si bien no le pertenecía, la vivía como propia, pues era la misma que habían trabajado sus padres y trabajarían sus hijos. Pero no podía venderla ni abandonarla, ni producir lo que quisiera, debía seguir haciendo lo que sus antepasados habían hecho.

Este es el “sistema feudal” que describe Marx, y que como en todo sistema, está justificado por la ideología de su tiempo, que entiende el poder del rey surgido por

derecho divino, y el derecho del señor feudal como una emanación de ese poder. Las dos clases sociales en este sistema son los siervos y los propietarios de la tierra, y la religión y la moral establecen cómo debe comportarse la gente.

El cuarto sistema de producción es el que surge cuando se inventan las nuevas tecnologías de la primera y segunda revolución industrial (1760 y 1914). Las máquinas a vapor, los telares y los motores fueron las herramientas que provocaron las grandes migraciones del campo a la ciudad. Las máquinas necesitaban manos de obra, y en las ciudades no había. Por ello, se sedujo al campesinado con salarios que eran mejores que los de la cosecha, y allí fueron millones de ellos y ellas. Las ciudades europeas se llenaron de personas, pero como no estaban preparadas para semejante ola inmigratoria colapsaron. Los obreros vivían en pocilgas mugrientas, y si bien el salario era mejor que en el campo, los gastos en la ciudad también eran más elevados. No había gallinas u ovejas en la parte trasera de la casa con las que alimentarse, sino que había que pagar por cada comida y bebida. Las tareas que debían desarrollar en las fábricas tampoco eran reconfortantes, pues si bien la vida del campo era dura, permitía hablar con otros campesinos, descansar cuando se quería, meditar viendo el atardecer, o cualquier otra cosa. Pero en la fábrica no, la tarea es “alienante”, como la llama Marx, pues suelen ser tareas como palear carbón sin hablar con nadie y con descansos prefijados todos los días, de lunes a sábado, de diez a doce horas. Trabajo alienante porque además se trabaja para otro, no como una actividad libre para uno mismo. Además, el obrero nunca ve el final de su trabajo, como cuando en el campo veía su carreta con toda la cosecha. En el capitalismo, solo palea carbón, se ajustan tuercas, se tejen miles de metros de telas en las hilanderías y demás actividades rutinarias. No hay la posibilidad, casi, de ver el producto terminado, trabajar se parece más una condena que a un trabajo.

Este es el capitalismo industrial que ve Marx hacia 1850 en Inglaterra, donde hay un grupo de trabajadores que Marx los llamará “el proletariado”, que son los que brindan su fuerza de trabajo a los dueños de los medios de producción, que son los “burgueses”, palabra de origen francés que significa “aquel que vive en el burgo”, es decir, la ciudad. La superestructura del sistema capitalista, como toda superestructura justifica la vida cotidiana. En este caso, la razón ha desplazado a Dios y, por lo tanto, ya no se acepta el destino en este mundo porque Dios así lo quiere, sino que se establece que todos pueden alcanzar sus sueños si se esfuerzan. Es inmoral esclavizar a la gente, y cada uno debe poder ser artífice de su propio destino. Los países ya no son dirigidos por los reyes, sino por la voluntad popular por medio de elecciones, la gente debe respetar a las autoridades porque viven en estados de derecho, donde la

propiedad y la vida es inviolable. En fin, todos los ideales que hoy nos rigen, pero que, en el fondo, están para proteger el sistema de explotación actual, y aunque nos parezcan leyes y valores muy buenos, no dejan de ser artificios ideológicos para ocultarnos la realidad donde una clase domina a la otra.

Para Marx el capitalismo va a desmoronarse como los anteriores sistemas de producción. Al principio de sus escritos consideraba que, por el surgimiento de nuevas tecnologías, pero con los años comenzó a sostener que este “sistema capitalista”, se basa en que los dueños de los medios de producción querrán ganar cada vez más dinero, y eso sólo pueden lograrlo si bajan los costos de sus productos, pues así logran ser más competitivos que los otros. El costo humano de ello es que los trabajadores recibirán cada vez salarios más exigüos, hasta que la situación de explotación sea tan intolerable para ellos que se rompa el hechizo ideológico, y tomen consciencia de su explotación. Cuando esto ocurra, dice Marx, los trabajadores comprenderán que todos ellos forman un grupo, una clase, y al tomar esta “conciencia de clase”, se organizarán para derrocar el sistema de opresión. El resultado de esta revolución será un nuevo sistema, el comunismo. En él, todas las personas trabajarán en lo que son buenas y tendrán para vivir dignamente. No habrá Estado, porque no habrá necesidad de controlar la explotación de unos sobre otros, sino que los propios hombres y mujeres encontrarán nuevas formas de organización para planificar la producción de bienes y servicios de manera cooperativa. Será un mundo igualitario, como el que conoció la humanidad en sus primeros tiempos, al que se llegará gracias a la tecnología. Los nuevos descubrimientos permitirán que otras formas de producción no exijan el sometimiento y explotación laboral. La tecnología también permitirá que no exista la escasez de alimentos sino la superabundancia. En un mundo así, se podrá cambiar la mentalidad de “tener” por la del “ser”, y las personas podrán disfrutar su vida en lugar de destinarla a producir y acumular riquezas.

Si bien Marx consideró que al comunismo se llegaría por el desarrollo natural de las fuerzas productivas y la tecnología, lo cierto es que, impaciente por ver ese paraíso, Marx creyó que podía ayudarse a acelerar los tiempos, fundamentalmente haciendo que el pueblo tomara conciencia de clase y se levantara contra la burguesía. Hay ejemplos históricos que evidencian que algunas personas pueden ayudar a interpretar el momento histórico que se vive y organizar al pueblo. No es que ellos sean los creadores de una idea, pues ya dijimos que en el marxismo no hay otro héroe que el pueblo empoderado. Los líderes, son individuos del pueblo que notan que el cambio se está por producir, lo organizan y ayudan a que se produzca el parto. Moisés sacó al pueblo judío esclavizado por los egipcios, Espartaco reveló a los esclavos contra Roma y el escocés William Wallace se levantó contra el poder monárquico británico.

Es posible que Marx tuviera razón cuando sostenía que los cambios en los medios de producción generan los cambios sociales, y hasta que existen líderes que ayudan al cambio. El problema fue que el marxismo llevado a la práctica ha dado pésimos resultados en las experiencias de Rusia, Camboya, Cuba, etc. Estos países nos muestran que cuando un grupo toma el poder en nombre del pueblo, se siguen replicando las mismas lógicas de dominación. Sólo cambian los nombres de los explotadores. El verdadero cambio no está en cambiar la dirigencia política, sino en cambiar la forma de producir. Cuando esto se logra, cambia la forma de pensar. Esto es lo que pensaba inicialmente Marx, y que luego abandonó, por considerar que podía acelerarse el proceso social del cambio por medio de una revolución. La historia demostró que no se pueden acelerar los procesos sociales pues, así como las frutas maduran a su tiempo, las sociedades también lo hacen. Si hay un comunitarismo en el futuro de la humanidad, llegaremos él, pero no por imposiciones de un partido sino por medio del avance tecnológico, tal como pensaba Marx en el comienzo de su obra.

Max Weber (1864-1920)

Así como para Marx el mundo social cambiaba en función de las innovaciones tecnológicas que impactaban en la economía, para Max Weber, el mundo cambia en función de los ideales que van surgiendo en cada época. Por eso, mientras Marx es un “materialista”, Weber es un “idealista”. Pero no en el sentido moral o platónico de estos términos, sino en función de donde encuentran el motor de los cambios sociales. De este modo, para el idealismo de Weber, cuando la Ilustración europea del siglo XVIII desplazó a la religión y en su lugar colocó a la razón, el mundo comenzó a ser menos mágico. Las cosas comenzaron a ser explicadas, no tanto “Porque Dios así lo quiere”, sino en función de causas visibles y concretas (por ejemplo, las guerras se pierden porque no se tienen los soldados o la inteligencia suficiente, no porque los dioses no nos beneficiaron; las pestes no son maldiciones de Dios, sino problemas sanitarios, y la cura no es rezar, sino lavarse las manos y hacer cuarentena).

Este cambio en la forma de pensar y de sentir, fue lo que le permitió a Europa pasar del modelo medieval a la modernidad. Permitted que la ciencia y la razón, ocuparan el lugar que durante milenios tuvo la fe y las tradiciones, y desde entonces, las explicaciones de este mundo se comenzaron a basar en fundamentos o explicaciones lógicas, científicas y racionales, ya no más en dogmas o mitos. Por este motivo, la ciencia comienza a avanzar en todos los campos, desde la industria

hasta la medicina, mejorando la calidad de vida de las personas. Pero, además, el imperio de la razón puso en jaque dogmas tan absurdos como los privilegios que tenían algunas personas por tener títulos de nobleza. No en vano comienzan a surgir constituciones que declaran que no habrá más fueros especiales para juzgar a estas personas, sino que todo el mundo es igual ante la ley. Ello no significa comunismo, pues la modernidad respeta la propiedad privada y estimula que las personas progresen hasta donde su inteligencia y las libertades del otro se lo permitan. Es un mundo que deja de mirar a las estrellas y se enfoca en trabajar para prosperar.

Idealismo vs. materialismo

Dijimos que Weber es un pensador idealista, y para demostrar su tesis de hasta qué punto las ideas determinan el tipo de sociedad que tenemos, toma el capitalismo europeo, y explica su surgimiento, no en función de los sistemas de producción que emplea, sino en función de las ideas religiosas que imperaban en la época en que este sistema de producción surgió. Parece extraño que un sistema como el capitalismo haya surgido de una religión, pero veremos cómo ha ocurrido este fenómeno.

Si hay algo que lo caracteriza al capitalismo es su racionalidad. Todo se calcula, se proyectan planes y se miden resultados. En una sociedad capitalista, se impone medir todo lo que se hace en términos de costo/beneficio (por ejemplo, cuánto debo sembrar; en qué debo invertir; cuántos empleados necesito tener; etc.). Ahora bien, hacia el año 1600, en el norte y centro de Europa, la religión más extendida era el calvinismo protestante. Se trataba de una versión reformada del cristianismo, que consideraba que la única autoridad es Dios, y que los intermediarios, como el Vaticano y demás instituciones de poder, no deben mediar entre Dios y el creyente. Pero también consideraban que, en el plan divino, Dios había predeterminado en el inicio de la creación quién se salvaría y quién sería condenado. De este modo, la pregunta que todo protestante se hacía era: ¿cómo puedo saber si soy un elegido o un condenado? Y la respuesta provino de la propia doctrina que señalaba que Dios dejaba ver algunos indicios en los elegidos. La señal más clara del amor de Dios era tener prosperidad en este mundo.

Preocupados por ello, los calvinistas dejaron de vivir la vida de manera casual y desordenada, y comenzaron a enfocarse en intentar progresar en sus vidas. Educarse, trabajar duro, formar una buena familia, etc. Pero donde más empeño pusieron fue en aplicar a sus trabajos una dura disciplina, pues desde hace tiempo, quien triunfa en su trabajo y tienen un buen pasar económico es percibido como

alguien que prospera en la vida. Por ello, se despertaban con el primer rayo de sol, y se acostaban con la salida del lucero. No gastaban sus ganancias en cosas que pudieran ofender a Dios, tales como beber, comer de gula, entregarse a los placeres sexuales con prostitutas, etc. De este modo, se fueron convirtiendo en personas muy austeras que destinaban toda su vida a trabajar, y acumulaban todo lo que ganaban, ya que la mayoría de las cosas en las que podían gastarlo era considerado pecado. Encontraron que los excedentes de dinero que tenían podían reinvertirlo en su propio trabajo, y eso, no solo no era pecado, sino que les comenzó a permitir más dinero aun, que ahorraban, reinvertían o utilizaban para crear nuevos emprendimientos. Surgía así en el creyente calvinista lo que más tarde sería el empresario capitalista.

Si bien estos fieles podrían haber realizado algún acto de misericordia para con los pobres, lo que también seguramente podría haber agradado a Dios, un calvinista jamás lo hubiera hecho, porque los pobres eran claros ejemplos de condenados por Dios, por lo que ayudarlos sería interferir en el plan divino. De modo que el sistema religioso los llevaba, indirectamente, a generar un sistema de acumulación y concentración de la riqueza que será lo que caracterice años más tarde al capitalismo.

Weber, en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Weber, 1984) advierte en esta forma de vida que imponía la religión del centro y norte de Europa la semilla del capitalismo, que luego se complementará con otras variables políticas, jurídicas, etc. Pero debe quedar en claro que no es que hubiera una ética laboral que los llevaba a cumplir con sus deberes, sino que había una ética religiosa, que al cumplirla, potenciaba la actividad laboral. Hombres y mujeres obsesionados con el trabajo, muy racionales en sus decisiones, y con vidas austeras, vivían para agradar a Dios, sin advertir que estaban creando un modelo de sociedad. En este sentido, es que las ideas construyen las sociedades y los sistemas económicos, sin que las personas tengan demasiada conciencia de ello. Las personas viven según las ideas de su tiempo, y esas ideas se plasman en instituciones e interacciones sociales que conforman un cuerpo social.

En contraposición al protestantismo calvinista, el catolicismo tiene otro sistema de ideas, que para Weber impacta en la forma de ser de los habitantes de los países donde este dogma tiene influencia (Italia, España, sur de Europa y América latina). El catolicismo busca la perfección espiritual del ser humano para recibir una recompensa en la otra vida. No hay indicadores de ser el elegido. Las tareas que se imponen al buen fiel no son las de acumular riquezas sino compartirlas con los más necesitados; y, no es la razón la que debe guiar sus conductas sino la fe. A diferencia del protestantismo, el católico creyente es profundamente respetuoso de

las jerarquías eclesiásticas que le dicen que puede hacer y que no. Acepta que la Iglesia intervenga en las decisiones políticas de su país y cree que puede cambiar su destino en esta vida rezándole a Dios. Como vemos, el tipo de religión de un pueblo moldea también sus formas de gobierno.

Claro que ninguno de estos dos modelos religiosos es perfecto en la práctica, por lo que en pleno calvinismo existieron personas que se entregaron a los excesos y en comunas cristianas hubo avaros. El mundo social es la resultante de muchas ideas en pugna. Pero lo que sí es cierto es que estas dos grandes ideas religiosas nutrieron a Europa durante siglos, y que impactaron en sus países de influencia. No es casual que el capitalismo surgiese naturalmente y con mucho vigor en aquellos países donde mayor influencia tuvo el protestantismo (centro y norte de Europa, países sajones principalmente), y explica también porque cuesta tanto adaptarlo a países que han sido nutridos espiritualmente por el catolicismo (sur de Europa, centro y América latina, etc.).

Formas de ejercer poder y dominación

En la obra cumbre de Max Weber, titulada *Economía y sociedad. Un esbozo de sociología comprensiva* (Weber, 2002), uno de sus intereses es explicar por qué las personas aceptan su lugar en el mundo y reconocen a otras personas con autoridad sobre ellas. Es decir, porque los esclavos egipcios, los siervos feudales y los obreros del capitalismo aceptan con resignación su vida. Weber adopta un modelo distinto al del marxismo. Para Marx, las personas no ven la realidad porque la ideología se los impide. Pero para Weber, las personas aceptan someterse al poder de otras (desde un siervo a su señor, hasta un ciudadano moderno a un policía) por alguna de estas tres razones: la tradición, el carisma del líder, o el respeto a la ley. A estos tres modelos de dominación, los llama, tradicional, carismático y racional/legal.

El principio básico en todo sistema de dominación eficiente no es imponerse coactivamente por medio de la violencia, sino lograr que el dominado acepte voluntariamente las órdenes o pedidos que se le hacen, los considere legítimos y actúe en consecuencia. En el medioevo, por ejemplo, el campesino respetaba al rey, porque había visto que su padre y su abuelo así lo hacían. Por este motivo, cosechaba sus tierras, pagaba los tributos y se inclinaba ante su presencia. Todos en la comarca hacían lo mismo, porque todos habían crecido en un mundo donde vieron a sus antepasados hacer eso. A este modelo de dominación, Weber lo llama “dominación tradicional”.

Por su parte, el propio rey también se ve afectado por este tipo de dominación,

pues no duda de que tiene un derecho a mandar, tal como lo hicieron sus antepasados y lo harán sus descendientes. De manera que, en la dominación tradicional, se manda y obedece, en función de pautas ancestrales que todos respetan.

A diferencia de este modelo, otra forma de ejercer poder, la encontramos en aquellas personas que tienen algún don especial que las hace ser admiradas y respetadas por los demás. Estas personas suelen tener seguidores, y cuando piden u ordenan algo, la gente cumple. Son lo que hoy llamamos líderes, pero que son figuras que podremos encontrar en todo tiempo y lugar. Tienen alguna característica reconocida por los demás que les brinda esta capacidad de mandar y ser obedecidos. Puede ser su inteligencia, valentía, rebeldía o cualquier otra cosa que sus seguidores le reconozcan.

Esta forma de dominación se contraponen a la tradicional, porque las personas aceptan las órdenes en función de la admiración que sienten. Por eso, suele tener un componente emotivo, y permite que el líder pida de sus seguidores los mayores esfuerzos, ya sea en el campo deportivo, laboral, la guerra, la política, etc. Algunos ejemplos de estos líderes han sido Gandhi, el Che Guevara, Hitler y Martin Luther King. Como vemos, hay líderes carismáticos para el bien y el para el mal.

Las desventajas del liderazgo carismático es que, así como un día el líder tiene miles de seguidores, fácilmente los puede perder si dejan de reconocerle sus dones especiales. Es un liderazgo que puede arriar multitudes que den la vida por ello, pero también es inestable. En cambio, el liderazgo tradicional, tiene mayor probabilidad de ser mantenido, aunque quien lo ostente, afecte en demasía los intereses de sus súbditos.

Finalmente, la tercera forma de dominación o de ejercicio de poder que encuentra Weber en las sociedades es la moderna, caracterizada porque la gente manda y obedece, ya no por la admiración que le tiene al líder o las tradiciones, sino porque la ley así lo impone. Este modelo es superador de los anteriores porque pone límites legales al ejercicio del poder, ya que no se puede hacer lo que se quiere, sino lo que permiten las normas. Además, no se agota con el tiempo como el carismático. Se trata de una dominación “racional” (o legal), donde quienes ejercen el poder y quienes cumplen sus órdenes están atados a lo que establecen las leyes. Todos están limitados por lo que dicen éstas, y libres de hacer lo que no impiden.

Estas tres formas de dominación que describe Weber nunca se han dado en estado puro, es decir, en las sociedades modernas hay dominación legal, pero es innegable que el carisma y la tradición siguen influyendo poderosamente. Al presidente se lo elige por elecciones legalmente establecidas, pero la campaña debe hacerla por medio del carisma, en tanto que, en algunas provincias, los gobernadores tienen mandatos indefinidos porque se respeta la tradición de seguir votando por el mismo gobernante. No obstante, en

cada período histórico podemos encontrar una mayor presencia de un modelo que otro, y es innegable que actualmente, nos rige un sistema de dominación legal donde pagamos nuestros impuestos y respetamos las señales de tránsito porque en el fondo aceptamos que vivir en sociedad implica respetar estas leyes, como así también, evitar las multas.

Acciones sociales

Hemos dicho al principio de este capítulo que la sociología tiene dos niveles de análisis de la sociedad. Uno es el macrosocial, que la estudia en su conjunto, y se interesa por ver como una sociedad va mutando en el tiempo: cómo pasa de ser una tribu a comunidad, de una comunidad a una sociedad moderna; o como varias sociedades se integran en una región. Pero también hay una perspectiva microsocia, que estudia la conducta de las personas pues, al fin y al cabo, las sociedades cambian gracias a la sumatoria de las pequeñas conductas diarias. Weber es un autor que se ha interesado en ambas perspectivas, y si bien señala que las sociedades cambian conforme cambian las ideas de su tiempo (perspectiva macro), también usa el microscopio y nos plantea que una de las tareas sociológicas es “comprender” el sentido de las acciones humanas.

Para comprender la conducta humana (acción u omisión), debemos tener presente que, a diferencia de los animales y los objetos, ésta no se rige por instintos ni leyes de la física solamente, sino que también está motivada en ideas, finalidades, valores, tradiciones, etc. Esto significa que las personas tienen conductas que están sujetas a algún sentido para ellas, y también para los demás. Esto no solo permite que surjan relaciones sociales, sino también que los sociólogos puedan comprender las conductas que observan y analizan. Por ejemplo, cuando una persona se encuentra con una conocido en la calle, extiende la mano para saludarlo, el otro comprende el sentido de la acción y responde con otro saludo. Por su parte, el sociólogo que ve la situación analiza el comportamiento y puede comprender qué ha ocurrido allí.

Lo que nos brinda Weber son unas herramientas muy útiles para clasificar las distintas acciones (u omisiones) con las que nos podemos encontrar en la sociedad y son las siguientes: a) acciones racionales para obtener fines; b) acciones racionales para obtener valores; b) acciones tradicionales y c) acciones emotivas.

Las acciones racionales para obtener fines: son las conductas donde la persona hizo previamente un análisis de los mejores medios para obtener la finalidad buscada. Es la conducta propia de la modernidad bajo el manto de la racionalidad y el utilitarismo. Para Weber, la mayoría de las conductas en las sociedades modernas

son racionales, pues el imperativo es emplear los medios más eficientes para obtener los mejores resultados. Para comprar un auto, las personas ahorran. De manera que la conducta de ahorrar sería una acción racional con arreglo a fines.

Las acciones racionales para obtener valores: son las conductas en las que la persona utiliza los medios más eficientes para alcanzar un valor. Cuando vemos que alguien ayuda a una persona que vive en la calle llevándole comida caliente en invierno, estamos ante un ejemplo de estas acciones, pero también cuando un juez evalúa racionalmente las pruebas de un caso para dictar una sentencia justa.

Las acciones tradicionales: a diferencia de las anteriores, donde hay una evaluación racional de los medios a emplear para obtener el fin o el valor buscado, las acciones tradicionales se usan para describir esas conductas que se realizan por las costumbres, sin hacer mayores análisis. El ejemplo más claro suele ser saludar, pero también podría ser alguien que estudie una carrera universitaria porque en su familia y amigos se hace eso. No se evalúa concienzudamente la decisión, sino que se siguen las costumbres del grupo social.

Las acciones emotivas: aquí no hay ningún cálculo de medio a fines, ni tampoco cumplimiento de tradiciones. Se trata de conductas motivadas por alguna emoción (alegría, ira, tristeza, miedo, etc). Es la conducta de los hinchas de un equipo de fútbol cuando su equipo mete un gol y se abrazan con desconocidos; o el enojo de un conductor ante un accidente de tránsito; etc. No hay mucho análisis y se actúa impulsivamente.

Finalmente, Weber también señala que en la sociedad hay conductas que no pueden ser enmarcadas en ninguna de las anteriores porque son llevadas a cabo sin ninguna voluntad de la persona o sin sentido, y son las acciones de un demente, por ejemplo. De manera que al igual que ocurre con el derecho, que las conductas de un insano son inimputables, en la sociología de Weber, serían acciones no-sociales, pues no tienen en cuenta los patrones sociales de comportamiento ni se encaminan hacia el otro. Son conductas alienadas producto de alucinaciones y delirios, que resultan una anomalía en el comportamiento de la generalidad de la población, que puede clasificarse en los cuatro modelos vistos.

Burocracia y racionalidad

Max Weber señala que cada sistema de dominación que surge en la historia de las sociedades cuenta con un cuadro administrativo mediante el cual se realizan las actividades cotidianas. Así, por ejemplo, si pensamos en la esclavitud, inme-

diatamente vienen a nuestra mente hileras de personas trabajando, mientras que cada tanto, aparece un capataz con un látigo que castiga a los perezosos, y da gritos para que trabajen más rápido. Posiblemente esta sea una escena más de Hollywood que de la vida cotidiana en el mundo esclavista, pero sirve para comprender que existía una estructura administrativa donde un capataz —generalmente un esclavo con algunos privilegios— controlaba la labor de los súbditos. Los esclavos no se revelaban porque estaban acostumbrados a esa situación, y de este modo, vemos como la tradición se imponía como forma de legitimar el poder de los amos.

Los sistemas capitalistas, en cambio, se han consolidado luego de las grandes revoluciones de los franceses y los americanos que, tras derrocar a las rancias monarquías, establecieron los principios de libertad e igualdad de todas las personas, y lo plasmaron en las constituciones. A partir de aquí, el ser humano es valorado, no ya por su título de nobleza, sino por su intrínseca dignidad. En un mundo con estas características, regido por leyes y principios republicanos, surge la dominación legal y los Estados nacionales comienzan a tener una función de administración y organización del país y las necesidades de sus pobladores. El poder ya no se ejerce más por medio del látigo o las tradiciones, sino por el imperio de la ley y la razón (jefes y sanciones legales). Aquí es donde Max Weber crea un sistema para la administración racional del Estado moderno. Un sistema donde impera la racionalidad, donde cada ciudadano que solicita algo debe ser tratado igual que el resto y recibir una respuesta estatal. Lo que Weber creó fue la burocracia, y la consideró el modelo más eficiente para administrar la dominación legal en un país.

La burocracia es el sistema de administración del Estado, que cumple todas las funciones necesarias para la administración de la cosa pública, desde la guerra hasta el cuidado de los parques, la educación pública, la jubilación de los ciudadanos, etc. En todos los casos se les garantiza a todos las mismas posibilidades de acceder a los mismos derechos bajo iguales condiciones. Por su parte, los ciudadanos encontrarán en la burocracia la forma más democrática de canalizar sus peticiones al Estado. En efecto, en el modelo ideal, cada petición que formula un ciudadano (por ejemplo, solicitar la reparación de la vereda de su domicilio) daba lugar a la formación de un expediente administrativo, que deberá ser resuelto en una determinada cantidad de días previstos por ley y conforme lo que prevén las normas. Es un sistema de administración que busca garantizar la igualdad de trato a todas las personas basado en un trato impersonal y, por lo tanto, igualitario, regido por normas de cumplimiento estricto.

Como sabemos, la burocracia pronto se convirtió en un sistema lento y corrupto, pues fue invadido por intereses políticos, destruyendo todas sus características que

veremos más adelante en este libro. Sin embargo, aun hoy podemos ver sistemas burocráticos muy funcionales con altos niveles de excelencia, tal como ocurre en las líneas aéreas y aeropuertos, donde cada persona ajusta su conducta al cumplimiento de protocolos y reglamentos para obtener un fin determinado: que los aviones partan, vuelen y lleguen a destino sin inconvenientes.

El gran temor de Weber era que las sociedades modernas se convirtieran en sociedades intelectuales hiper racionales, y que la burocracia lo invadiera todo. Por eso imaginó al ciudadano moderno como un individuo donde el cálculo costo/beneficio y la ponderación de medios y fines, regiría la mayoría de las tomas de decisión. Le parecía que todas las instituciones se conducirían con esta lógica burocrática, por lo que los seres humanos estarían encerrados en las “jaulas de hierro” de la racionalidad, viviendo en un mundo desencantado, sin magia, mitos ni emociones, aunque absolutamente previsible y racional. Sin embargo, para bien o para mal, el ser humano no es un ser racional, sino un ser emocional que razona. Por lo tanto, ni los sistemas totalitarios de planificación burocrática del comunismo ni las burocracias del capitalismo han logrado domesticar al indómito espíritu humano, que siempre encuentra grietas para recuperar su libertad.

Emilio Durkheim (1858-1917)

Los trabajos de Marx y Weber tuvieron una poderosa influencia en la política. El primero se usó para dar sustento intelectual a las revoluciones comunistas del siglo XX y el segundo para administrar la mayoría de los Estados modernos por medio de las burocracias (desde el poder ejecutivo hasta el judicial). En contraposición, el francés Emile Durkheim, no se interesó por la revolución o la administración del Estado moderno, sino que sentó las bases de una sociología científica. Hacia 1919 escribió su libro *Las reglas del método sociológico* (Durkheim, 2002) en donde propuso hacer de la Sociología una ciencia que se avocara a estudiar cómo son las sociedades, y cómo influyen las normas sociales y los valores en los individuos que las conforman.

Al intentar seguir el camino de Augusto Comte y considerar que a la sociología le resultan aplicables los métodos de las ciencias duras, consideró que, así como una piedra que cae por efecto de la ley de gravedad, la conducta humana, también debe estar sujeta a leyes, y la tarea del sociólogo es encontrarlas. Claro que no son leyes físicas, sino que, en el individuo, influyen normas, creencias y valores. Pero se trata de una influencia tan invisible y poderosa como la ley de gravedad. Por

eso, para estudiar la conducta humana en sociedad, lo que propuso es considerar que todo lo que hacemos, sentimos y pensamos, es producto de lo que hemos aprendido en la sociedad en la que nacimos.

Hasta aquí parece de sentido común, pero Durkheim va más allá, y sostiene que lo que aprendemos de este modo se convierte en nuestra segunda naturaleza, y por lo tanto, no nos damos cuenta que actuamos cumpliendo normas y mandatos sociales. Es decir, nos sentimos libres, pero en realidad estamos condicionados socialmente a comportarnos de un modo determinado. Por ejemplo, cada vez que nos vestimos para salir a la calle, saludamos a los conocidos, respetamos las señales de tránsito, cumplimos con nuestra palabra estamos respondiendo a normas sociales. Siempre estamos haciendo cosas que hemos aprendido a hacer, y hasta nos resultaría incómodo o extraño no hacerlas o hacerlas de otro modo. Basta intentar saludar de otro modo o salir desnudo a la calle para notar la sensación. Otros ejemplos más cotidianos son el hecho de hablar usando el español o cuando el almacenero acepta nuestro dinero. Son todas conductas incorporadas, y muchas de ellas, nos permiten la interacción con el otro, porque cada uno se comporta según lo que espera el otro. Pero, señala Durkheim, no debemos dejar de advertir que todos los comportamientos sociales nos han sido impuestos; y por lo tanto, lo que intenta dejarnos en claro con su perspectiva es que “una presión aceptada y padecida de buen grado, no deja de ser una presión”.

Por eso, para estudiar a las personas en sociedad, no hace falta preguntarles a ellas “por qué hacen lo que hacen”, sino que la tarea de la Sociología es como la de un detective que debe hallar qué normas sociales están poniendo en práctica las personas que investiga. Por ejemplo, al ver que “un joven se levantó y le dio el asiento a una mujer embarazada”, lo que hace el sociólogo es inferir que normas sociales están poniendo en práctica estas personas. La conducta del joven se explica en función de que existe una norma social que obliga a ceder el asiento a las mujeres embarazadas. La mejor forma de probar esta hipótesis será ver qué ocurre cuando un joven no cede su asiento. Si hay una reacción social contra éste, se estará demostrando que la norma existe. Pero si nadie hace nada, es posible que la norma que creímos encontrar como explicación al fenómeno no existe, y sea otra la razón que motivó la conducta.

Durkheim va a llamar a las conductas humanas, ya sean individuales o grupales “hechos sociales”. Con este concepto intenta decirnos que el sociólogo debe estudiar hechos sociales, es decir, esos invisibles mandatos sociales, que nos imponen *modos de actuar, sentir y pensar*. Es interesante señalar que no solamente aprendemos a com-

portarnos de una determinada manera, sino también a sentir y a pensar de acuerdo con nuestra sociedad. En líneas generales, no lo hacemos de un modo muy distinto a los demás miembros del grupo social, pues tal opción puede conllevar distanciarnos y ser aislados. Lo que hace que la mayoría de las personas de una misma sociedad actúen de formas similares es que todos forman parte del mismo cuerpo social, y comparten una conciencia colectiva. Desde esta perspectiva, una sociedad sería un conjunto de personas que comparten un territorio común. Pero lo que Durkheim señala es que “la sociedad no es una simple suma de individuos, sino que el sistema formado por su asociación representa una realidad específica que tiene caracteres propios”. Es decir, la sociedad es más que la suma de sus partes, es el resultado de su interacción. De este modo, así como una persona es más que el conjunto de órganos que la forman, la sociedad es el resultado de la interacción de sus miembros. Es un sujeto colectivo, pero Durkheim aclara que “Sin duda, nada colectivo puede producirse si no se dan conciencias particulares; pero esta condición necesaria no es suficiente. Es preciso también que dichas conciencias estén asociadas, combinadas, y combinadas de cierta manera; de esta combinación resulta la vida social y, por consiguiente, dicha combinación es la que la explica. Al aglomerarse, al penetrarse, al fusionarse, las almas individuales engendran un ser, psíquico si se quiere, pero que constituye una individualidad psíquica de un género nuevo” (Durkheim, 2002).

Conciencia colectiva

Para comprender la sociedad moderna, Durkheim las compara con las comunidades primitivas, y advierte que, tal como lo señalaba Marx, los grupos eran muy unidos e igualitarios. Lo que agrega Durkheim en su obra más famosa, *La división del trabajo social*, es que tal cosa se debe a que todos comparten las mismas ideas y valores sobre el mundo. Es decir, en una tribu donde todos creen que descienden del mismo dios, no hay ninguno que crea algo distinto o que sea ateo. Todos comparten las mismas normas y creencias, y de este modo existe una “conciencia colectiva”. La conciencia colectiva no se puede ver, es ese conjunto de valores, normas y creencias que todos respetan y se rige por leyes distintas a las de la conciencia individual. No muere con los individuos, pues es la conciencia de la sociedad, que conecta una generación con la siguiente por medio de los valores que se transmiten (Durkheim, 2004).

En sociología hay una regla clásica, y es que, para conocer si existe una determinada norma social que impone determinado comportamiento, la forma de

corroborar su existencia es violarla y ver qué ocurre. Si la gente reacciona es que la norma existe, si la gente no reacciona, es que la norma no existe o que ha perdido imperatividad. Si hacemos este experimento en una comunidad primitiva, veremos que si una persona no respeta las tradiciones (por ejemplo, no hace la ofrenda debida a su dios, esconde comida, es infiel, etc), la respuesta del grupo es inmediata. Esta persona atacó la conciencia colectiva grupal, y el grupo la castigará. Además, cuanto más respetado sea el valor o la norma vulnerada, mayor será la respuesta violenta hacia el infractor.

En cambio, en las sociedades modernas, como viven miles de personas juntas, la conciencia colectiva es más difusa, no está tan unificada como en las comunidades, y por lo tanto hay mayores niveles de tolerancia, pues no todo el mundo piensa igual. En una ciudad hay ateos y creyentes, gente de izquierda y de derecha, pacifistas y proguerras. Pero todos viven en cierta armonía, pues comparten algunos otros valores como, por ejemplo, el respeto a la propiedad privada, el repudio a la violación, la alteridad en el poder presidencial, etc. Por ello, cuando alguien vulnera alguno de estos valores o normas, puede afectar la conciencia colectiva e impulsar a los ciudadanos modernos a expresarse. Claro que no lo harán como en la comunidad con palos y lanzas, pero si con manifestaciones populares, cacerolazos, y en casos de barrios de bajos recursos, aún se siguen haciendo puebladas o se incendian las casillas de personas que son acusadas de violación y que la justicia no persigue. Hay que reconocer que esta venganza privada suele ser la excepción, la mayoría de las veces las personas aceptan que el estado expropie el conflicto e imponga las penas.

Tanto en las comunidades primitivas como en las sociedades modernas, hay una conciencia colectiva, y también existirán conductas que la ofendan, recibiendo el reproche social. En nuestras sociedades modernas, a estas conductas las llamamos “delito”, y reciben el rechazo social. Pero Durkheim señala que aun estas conductas reprochables tienen un aspecto positivo, pues cuando ocurren, permiten que las personas abandonen su aislamiento y salgan todas juntas, indignadas, a protestar contra el delincuente o contra las autoridades que no lo detienen. Se diría que el delito cumple una función que favorece la integración social por medio del señalamiento del que viola las normas compartidas y refuerza el sentimiento de pertenecer a una comunidad de pares. Aunque Durkheim también aclara que, este beneficio sólo lo reportará mientras se mantenga en tasas no elevadas, pues cuando se incrementa exponencialmente, la sociedad se patologiza, y puede dar lugar a situaciones de caos y anomia, que conlleven a la desintegración del tejido social.

Solidaridad mecánica y orgánica

Otra diferencia que encuentra Durkheim entre las comunidades y las sociedades modernas es que, en las comunidades, además de que la conciencia colectiva está muy unificada, las actividades económicas son muy simples. Existe un líder y el resto de los individuos realizan tareas similares (cazar, pescar, cuidar niños, cosechar, etc.), de manera que cualquiera puede ser reemplazado en su labor por otro. Son tareas simples, pero que benefician al grupo en su conjunto, de manera que al cazar un gran animal o cosechar un gran campo, habrá alimentos para todos. Se trata de un modelo de vida donde la solidaridad entre los miembros los mantiene unidos y les permite subsistir. A este tipo de solidaridad, Durkheim la llama “solidaridad mecánica”.

En contraposición a estas comunidades donde rige la solidaridad mecánica, en las sociedades modernas sus miembros no se conocen todos entre sí y, además, sus trabajos no son intercambiables, un abogado no puede hacer una operación a corazón abierto, ni un médico sabe arar un campo. Sin embargo, a pesar de ello, lo que Durkheim advierte es que existe una solidaridad que mantiene unida a la sociedad, claro que con otras características. En la comunidad, todos trabajan para cazar un gran animal y alimentarse. En las sociedades, cada uno realiza su oficio, no coopera con el otro para obtener su alimento, pero si le cobra honorarios y con ello compra alimentos en el almacén. Al igual que en las comunidades, se depende del otro, pero de una manera distinta. Mientras que en la comunidad hay cooperación, en la sociedad hay interdependencia. Veamos con un ejemplo. El granjero cosecha sus verduras, que vende en el mercado, y recibe dinero. Gasta parte de este dinero en la atención de la salud de su hijo con el médico. El médico cobra sus honorarios y compra comida para su familia en el almacén. El almacenero refacciona su casa con la ayuda de un arquitecto y un albañil, que luego comprarán verduras en el mercado que el granjero provee.

Esta interdependencia permite la conformación de una sociedad mucho más compleja, donde la solidaridad sigue siendo el lazo social que mantiene unida a la sociedad, esto se llamará “solidaridad orgánica”.

La clasificación de mecánica y orgánica, obedecen a que Durkheim, siguiendo algunas ideas sobre la evolución de los organismos de Darwin y Spencer, consideraba a las sociedades como organismos vivos y, por lo tanto, la solidaridad mecánica, describía un cuerpo social bien básico, como los huesos del organismo, que son duros y tienen una articulación simple. En cambio, la solidaridad orgánica se relaciona

con los órganos del cuerpo, que son hipercomplejos, especializados en una tarea, y que trabajan en conjunto unos con otros para que el organismo esté en equilibrio.

Un dato interesante para los juristas es que Durkheim descubre un indicador muy concreto para establecer si estamos ante una sociedad con solidaridad mecánica u orgánica. Lo que debemos mirar es cómo se castigan las infracciones. Si se sanciona por medio de métodos punitivos crueles y violentos (tortura, amputaciones, ejecuciones) estamos ante una sociedad con solidaridad mecánica (lo cual puede darse en grupos sociales en pleno siglo XXI). Por su parte, si el castigo es por medios menos violentos (prisión o probation) o se apela a la reparación del daño (indemnización) estamos ante una sociedad con solidaridad orgánica. En las primeras se lleva a cabo una sanción expiatoria sobre el cuerpo del autor, un dolor que permita tranquilizar los sentimientos heridos del cuerpo colectivo. En las segundas, se busca por medio de la pena, resocializar al infractor, y con la indemnización una reparación patrimonial al afectado.

Anomia y lazo social

Así como los organismos humanos mueren, la sociedad también pueden hacerlo, solo que lo hace lentamente por medio de la desaparición de los vínculos sociales que unen a las personas, las cuales se van a conformar otras sociedades.

Durkheim explica que el lazo social que mantiene unidas a las sociedades es la interdependencia de unos con otros, en tanto que la conciencia colectiva les hace sentir que todos pertenecen al mismo grupo. El problema que deben enfrentar todas las sociedades es qué hacer cuando la gente deja de creer en los valores compartidos, pues ello las coloca en una situación de “anomia” (del latín, sin normas). Esta situación no ocurre de la noche a la mañana, sino que es un proceso paulatino de cambio social, donde se abandonan las pautas de conducta compartidas, y cada uno comienza a hacer lo que sus impulsos desean. Cuando esto ocurre, las personas sienten angustia de no saber qué esperar del otro, así como tampoco saben cómo deben comportarse.

La anomia no suele ocurrir en sociedades donde impera algún tipo de solidaridad, sino cuando ésta comienza a deshacerse, fundamentalmente, porque los valores comunes de la conciencia colectiva dejan de limitar las conductas y las sanciones a las infracciones desaparecen. En un cuadro de situación de tales características, la sociedad parece una pecera a la que se le agitó el agua, todo es confuso, la escala de

valores desaparece, la vida no vale nada, la propiedad privada se pierde en manos de quien ostenta la fuerza, la palabra deja de ser una fuente de crédito y todos los valores desaparecen. En este tipo de sociedades nada puede prosperar, ni el comercio ni la producción, solo el caos y la desesperanza.

Pero como la especie humana ha evolucionado para vivir en comunidad y la conformación de sociedades ha sido la estrategia evolutiva que mayores beneficios nos ha reportado, aun los grupos más caóticos, con el tiempo, se pacifican y forman instituciones sociales que les permiten desarrollar nuevas sociedades. Surgen normas morales, nuevos valores y reglas jurídicas que todos aprenden a respetar generación tras generación. No en vano, las grandes naciones de la tierra surgieron del caos, la guerra y el saqueo, y hoy son ejemplos de cultura política y paz social.